

que se compran á costa de remordimientos cuestan caros, y el pecador quiere gozar con tranquilidad de sus delitos; busca en los libros mas monstruosos y en las compañías mas impías, arbitrios para asegurarse contra las ideas de la educación, é inventa nuevas impiedades para acabar de obstinarse: como no se propone otra felicidad mas que la de las béstias, tampoco es para otro fin despues del sepulcro, y el mismo deleite que corrompe el corazon, corrompe muy presto hasta los primeros principios de la fe: *Dissipavit substantiam suam vivendo luxuriose.*

No solamente se disipan los bienes de la gracia, sino tambien los de la naturaleza. Recibísteis de Dios una alma tan pura, un natural tan modesto y vergonzoso, un pundonor tan noble y delicado, que parece que el cielo se habia complacido en formaros para la virtud y en poner en vosotros mil inclinaciones y mil lazos con que uniros á la obligacion, y una injusta pasion ha forzado las felices barreras que la misma naturaleza oponia á vuestros desórdenes; aquel pudor que os dió vuestro nacimiento, ya no es mas que una indigna flaqueza, incapaz de detenerse con freno alguno, y todo el fruto que habeis sacado de ella se reduce á cometer mas excesos y no guardar tantas precauciones como otros, luego que se rompió ese primer dique: *Dissipavit substantiam suam vivendo luxuriose.*

Los bienes de la naturaleza: érais de un natural afable, tranquilo, familiar; estábais dotados de un corazon sencillo y sincero, de un candor de alma, de un génio pacífico, en el que se hallaban mil disposiciones favorables á la sinceridad cristiana y á la paz; de una conciencia pura; pero despues que esta infame pasion corrompió vuestro corazon, despues que entró en vuestra alma este fuego impuro, ya nadie os conoce; sois semejantes, dice San Judas, á un mar

agitando con las mas violentas olas; os habeis vuelto melancólicos, impertinentes, inquietos y disimulados; se apagó aquella serenidad que provenia de la inocencia, aquella tranquilidad que nacia de la calma de las pasiones, y ya no hay mas que un caos inagotable de impertinencias y ridiculeces; aquel candor que manifestaba vuestra alma como era en sí, ya no deja ver mas que pensamientos infames y disimulados; habeis perdido todo lo que os hacia amables para con los hombres y lo que os podia hacer agradables á la vista de Dios, y el que os busca en vosotros mismos ya no os halla: *Dissipavit, etc.*

Finalmente, los bienes de la naturaleza: estábais dotados de unos talentos felices, vuestra juventud anunciaba grandes esperanzas, y todos creian que habíais de seguir los pasos de vuestros mayores y resucitar su nombre, su dignidad y su fama; aquellos primeros rasgos de las prendas que forman los grandes hombres daban ya mil señales lisonjeras y abrian á vuestros parientes los mas remotos caminos de elevacion y de fortuna; pero la sensualidad acabó con todos esos talentos; un infame vicio sepultó esas grandes esperanzas, esos principios de gloria acabaron en infamia é ignominia, ese entendimiento tan superior, tan capaz de cosas grandes, se ha envilecido, le habeis empleado en servir á vuestras pasiones y en adelantar en los infames deleites; vosotros que sin esta pasion hubiérais podido servir al Estado, ser alivio de la patria y aun honrar vuestro siglo y servir de ornamento á nuestras historias, vivís confundidos con los demás ciudadanos, ocultando entre ellos las reliquias de un mérito ofuscado, sin sacar mas fruto de las ventajas con que os habia adornado la naturaleza, que dar motivo para que todos puedan decir de vosotros: Hubiera sido otro hombre si hubiera sabido vencerse

á sí mismo. ¡Oh ciudad fiel! exclama un profeta; tú que naciste adornada de tanta rectitud y equidad, ¿cómo has llegado á tanta infamia? En tí habitaba la justicia y ahora no se hallan mas que delitos; la hermosura de tu plata se ha mudado en cieno, y la fuerza de tu vino ha degenerado en la flojedad del agua: *Dissipavit, etc.*

No quiero hablar de los bienes de la fortuna que se sepultan en este abismo. ¡Ah! si registráramos la historia de las familias, si fuéramos á ver el principio de su decadencia, si revolviéramos las cenizas de aquellos grandes nombres, cuyos títulos y riquezas han pasado á los extraños, si llegáramos hasta el primero de sus antepasados que dió el primer golpe á la fortuna de su posteridad, acaso halláramos el origen en esta infame pasión. Veríamos que los excesos de un lasgivo eran la causa de las desgracias que padecen sus descendientes; y sin ir á buscar ejemplares en los tiempos pasados, ¿cuántas familias ilustres, ya casi olvidadas, están pagando hoy á vuestra vista los desórdenes de este vicio? ¿cuántas casas medio aniquiladas ven todos los dias acabarse con los desórdenes y quebrantada salud de un deshonesto, toda la esperanza de su posteridad y toda la gloria de los títulos que una larga sucesion de siglos las habia adquirido y que tanta sangre y trabajos habia costado á la virtud de sus mayores? *Dissipavit substantiam suam vivendo luxuriose.* De este modo, ¡oh Dios mio! castigais á los pecadores con sus mismas pasiones, y delineais en la decadencia de las cosas humanas y en las desgracias y revoluciones sensibles de los títulos y fortunas, los eternos suplicios que preparais á las almas impuras.

Pero en tercer lugar, este infame vicio no solamente llega á ser castigo del pecador deshonesto, destruyendo en él los bienes de la naturaleza y de la gracia, sino que le cas-

tiga principalmente con las inquietudes y remordimientos que deja en lo interior de su alma. Tercera propiedad del vicio de que hablamos y tercera circunstancia de los desórdenes del pródigo. *Despues que gastó sus bienes,* continúa Jesucristo, *sucedio una grande hambre en aquel país, y él mismo empezó tambien á padecer necesidad: Et ipse cepit egere.*

De este modo, este vicio hace al pecador insufrible á sí mismo, por las inquietudes que deja en una conciencia impura. Bien sé que la inquietud interior es pena de todos los pecados que matan al alma; que la culpa nunca halla sosiego y que la region de la iniquidad siempre es un triste teatro del hambre y de la mas funesta miseria. *Facta est fames valida in regione illa.* Pero en este vicio de que hablo hay yo no sé qué cosa tan opuesta á la excelencia de la razon y á la dignidad de nuestra naturaleza, que hace que el pecador continuamente se esté reprendiendo á sí mismo su propia flaqueza y que se avergüence en su interior de no poder sacudir el yugo que le oprime. Este vicio deja en el corazon una tristeza que le consume, que le sigue á todas partes y derrama una secreta amargura en todos sus placeres; el deleite huye y pasa, pero la conciencia impura nunca puede huir de sí misma; el pecador se cansa de sus inquietudes y no tiene valor para acabarlas; se disgusta de sí mismo y no se atreve á mudar de vida; quisiera poder huir de su propio corazon y le halla en todas partes; envidia la suerte de aquellos pecadores obstinados á quienes ve tranquilos en la culpa, y no puede conseguir esta funesta tranquilidad; intenta sacudir el yugo de la fe, y al principio le causa mas horror este pensamiento que el mismo delito. Finalmente, los placeres de que goza solo son instantáneos y fugitivos; pero los crueles remordimientos forman el estado permanente de toda una vida pecaminosa.

En segundo lugar, es insufrible á sí mismo por los disgustos, las envidias, los furoros, las violencias, los sustos y los funestos sucesos que son inseparables de esta pasión: ¿qué cosa no hay que temer por parte de la reputación y la fama? Es preciso comprar el injusto deleite á costa de las más molestas precauciones, y si llega á faltar una, todo está perdido. Es preciso aguantar las conversaciones del público y la murmuración de los criados; sufrir el antojo, las inconstancias, los desprecios y aun acaso la perfidia del objeto que os cautiva; mantener vuestras obligaciones, vuestras correspondencias, vuestros intereses, los que siempre son incompatibles con vuestros placeres; sufrirse á sí mismo contra sí mismo. ¡Ah! en los principios de la pasión todo se manifiesta risueño y agradable; los primeros pasos que se dan en el camino de la iniquidad son sobre flores; los primeros excesos, de este vicio particularmente, ofuscan la razón y no la dan lugar á que pueda conocer su miseria; las ideas que entonces se forman de la pasión todavía son nobles y lisonjeras; su estilo corresponde á estas ideas; á esta pasión llaman regularmente en el principio elevación de pensamientos, bondad del corazón, discreción, honor, buena fe, distinción del mérito y conformidad en las inclinaciones. Entonces todo lisonjea todavía á la vanidad. Pero sus resultados, dice el Espíritu Santo, siempre son amargas como el ajeno: resfriada la pasión, conocido lo injusto del deleite, entibiados los primeros afectos con la familiaridad y el largo uso, desengañada la vanidad con la infamia de la pasión, entonces empiezan las molestas inquietudes, las murmuraciones públicas, las disensiones domésticas, la ruina de los negocios, los atrasos de la fortuna, las sospechas, los celos, los disgustos, las infidelidades y los furoros. ¿Qué otra cosa te queda entonces, alma in-

fiel, más que las terribles reflexiones que haces acerca de tí misma? Un peso de amargura sobre tu corazón, una vergüenza interior de tu flaqueza, un pesar de no haber seguido otros consejos más prudentes, unas tristes reflexiones del sosiego, de la fama y de la felicidad que podías prometerte en la obligación y en la inocencia: ¿has podido hasta ahora conseguir el vivir sosegado y con una conciencia tranquila en la culpa? *Et ipse cepit egere.*

En tercer lugar, es insufrible á sí mismo por los nuevos deseos que continuamente despierta este vicio en el corazón: de las cenizas de una pasión nace otra nueva; satisfecho un deseo, nace otro nuevo deseo; siempre está disgustado el pecador sin estar nunca satisfecho. Es propiedad de esta infeliz pasión, dice el apóstol, el ser insaciable, *insaciabilis delicti*; no sabe poner límites á su infame deseo; los más monstruosos excesos no son capaces de satisfacer el furor de una alma impura; los más excesivos desórdenes siempre dejan algo que desear al desorden de los sentidos; busca con ansia nuevos delitos en el mismo delito; forma, como el pródigo, deseos más infames que exceden á la misma infamia de las acciones: *Cupiebat implere ventrem de siliquis, quas porci manducabant.* Todo yugo es pesado é insufrible; la molestia de las reflexiones, inseparable de la condición humana, desagrada y fatiga; llega á tal extremo que envidia la suerte de las bestias. *Cupiebat implere ventrem de siliquis, quas porci manducabant.* Tiene por más feliz la suerte de éstas que la del hombre, porque nada se opone á su instinto brutal. El honor, la obligación, las reflexiones ni el respeto humano jamás sirven de estorbo á sus placeres, porque una ciega inclinación es la única obligación que los gobierna y la sola ley que los guía. *Cupiebat implere ventrem de siliquis, quas porci man-*

ducabant. ¡Dios mío! ¿es posible que un deseo tan impío, tan monstruoso, tan vergonzoso á toda la naturaleza, tan sacrílego en la boca de un cristiano que tiene la dicha de ser miembro de vuestro Hijo, haya de resonar todos los días en los teatros infames y servir de adorno á las impresiones que hace en el alma una poesía lasciva? ¡Oh pueblo mío! dice el Señor, ¿quién te ha embriagado con el vino de la fornicación? ¿quién ha mudado mi heredad en habitación de espíritus inmundos? ¿y quién ha entregado á Jerusalem á todos los excesos de las naciones?

En cuarto lugar, es insufrible, si es lícito decirlo así, por las funestas consecuencias de sus desórdenes, las que casi siempre le hacen pagar en un cuerpo cargado de dolores la infamia de las pasiones de su juventud; le hacen pasar unos días tristes y desgraciados y sentir en todos los instantes de su vida el indigno uso que de ella ha hecho: *Et ipse cepit egere*

Finalmente, no hay vicio que haga al pecador más vil y despreciable á la vista de los demás hombres; última circunstancia de los excesos del pródigo y última propiedad de esta pasión. Cayó en una ruindad que no se puede leer sin horrorizarse. Púsose á servir á uno de los habitantes de aquel país; envióle éste á un cortijo á que guardase los puercos, y allí deseaba remediar su hambre con las bellotas que comían aquellos inmundos animales, y no había quien se las diese. ¡Qué imagen esta! ¡y qué propia para representar toda la infamia y toda la indignidad del vicio de que hablamos!

Sí, católicos, en vano ha dado el mundo nombres gloriosos á esta infame pasión; en vano una deplorable y necia costumbre ha procurado ennoblecerle con la pompa de los teatros, con el adorno de los espectáculos, con la fineza de

las expresiones y con todo el arte de una poesía lasciva. En vano prostituyen sus plumas y sus talentos los escritores profanos, haciendo infames apologías de este vicio. Las alabanzas que le tributan nada tienen de verdaderas mas que las escenas en donde se publican; en los teatros fabulosos se representa como pasión de héroes y es la mayor flaqueza de las almas grandes, porque en saliendo de allí, esto es, cuando se considera la verdad y realidad de las cosas en la conducta regular de la vida, esta pasión es una vileza que afrenta al hombre y al cristiano; es un borron que mancha las mas brillantes acciones y una nube que oscurece la vida mas digna de aplausos; es una bajeza que lejos de hacernos semejantes á los héroes, nos confunde con las bestias, y á la verdad, vosotros que segun parece haceis gala de ella delante de los hombres, ¿quisierais que se hiciesen públicas todas vuestras secretas flaquezas, todas las indignidades, todos los pasos, todos los necios pensamientos, todas las pueriles acciones en que os ha precipitado esta pasión, las que Dios ha visto claramente y hará patentes su justicia en el día de sus venganzas? ¿gustaríais de que aquella parte de vuestra vida, tan oculta, tan infame, tan diferente de lo que parece á la vista de los hombres, se hiciese tan pública y conocida como ciertas acciones de honor, con las que acaso os habeis granjeado la estimación pública y la fama que durará por todos los siglos? ¡Oh hombre! tus pasiones siempre te esptn engañando á tí mismo; verdaderamente, católicos, el mismo mundo, este mundo tan corrompido, respeta el pudor, cubre con una eterna ignominia á los que le abandonan, se burla y murmura de ellos, les da á conocer con su olvido y sus desprecios lo indigno de su conducta; es decir, que no obstante el puesto que ocupais en el mundo, todos os des-

precian en su interior, os despojan de aquel nacimiento, de aquellos títulos, de aquel esplendor de que estais rodeados; solamente ven en vosotros á vosotros mismos, esto es, la infamia de vuestras inclinaciones. Quanto mas ensalzados os hallais, mas os abaten, mas se habla de vuestras flaquezas, y acaso se perpetúan para todos los siglos en los públicos anales, y vuestra ignominia se aumenta á proporcion de vuestra fama. *Secundum gloriam ejus, multiplicata est ignominia ejus.*¹

Pero el alma entregada á los desórdenes no ve esta confusión, no conoce la vergüenza, dice el Espíritu Santo, no repara en el nacimiento, en el carácter, en la dignidad, ni en el sexo; nada sirve de freno á una alma entregada á esta deplorable pasión, por todo atropella sin detenerse, la avisa lo sagrado de su carácter, pero no importa; ve que en el puesto en que se halla todo es separado, pero no hace caso; que su mismo traje anuncia virtud é inspira continencia, pero no se ve á sí misma; que en su sexo solamente la sospecha es una mancha y que todo su mérito consiste en el pudor, pero quiere constituirle en la disolución; que el público murmura, pero aun habla mas alto la pasión; que el esposo clama y que la disensión doméstica será muy presto asunto de las públicas conversaciones; pero para una persona poseida de esta infeliz pasión no hay mas mundo que el infame objeto que se la inspira; en nada estima todo lo demás de la tierra, nada ve de cuanto sucede en el mundo, solo vive para su pasión y no ve mas objeto que ella, como si no hubiera en el mundo otra cosa mas que el infeliz objeto que la abrasa. Abre los ojos, alma infiel, atiende á que todos te están mirando, que tus pasiones

¹ Mach. 1. v. 42.

son la fábula pública, que tu nombre representa en todas partes la imagen de tu oprobio; contempla por un instante el papel que haces en el mundo: *Et missit illum in villam, ut pasceret porcos.*

Ved aquí, católicos, los desórdenes del pecador de nuestra parábola y las funestas consecuencias de un vicio hasta cuyo nombre prohibia en otro tiempo San Pablo á los cristianos, y el que con mas razón jamás debierais oirnos á nosotros en este santo lugar en el que continuamente se ofrece el Cordero sin mancha, y en estos cristianos pulpitos destinados á anunciaros la casta ley del Señor y las palabras de la vida eterna.

¡Ah! en aquellos felices tiempos en que aun tenia sus mártires la castidad, en que los tiranos creian castigar mas rigurosamente á las vírgenes cristianas con la pérdida de esta virtud que con la de su vida; en aquellos felices tiempos, los pulpitos cristianos solamente estaban destinados á hacer elogios de la castidad; los primeros pastores, los Ciprianos, los Ambrosios, los Agustinos, solo se ocupaban en las asambleas de los fieles en animar á las vírgenes inocentes manifestándolas la excelencia y las utilidades de su estado, y en los preciosos monumentos de su celo y de su ciencia que se han conservado hasta nuestros tiempos, se hallan mas elogios de la virginidad, que invectivas contra los deshonestos, fornicarios y adúlteros, que entonces eran muy raros entre los fieles.

Pero hoy que este vicio ha inficionado todas las edades, todos los sexos y todos los estados; hoy que ha borrado en todo el cristianismo aquellos primeros rasgos de pudor que distinguian á nuestros padres de las naciones corrompidas y perversas; hoy, finalmente, que la pública libertad y la fuerza del mal ejemplo pretenden quitarle hasta la infamia